

FINA GARCÍA MARRUZ

Introducción a los *Versos sencillos***Con la música de los acentos, y el sentido*

JOSÉ MARTÍ

En las cuevas de Punta del Este, antigua Isla de Pinos, sorprende lo que llamó Núñez Jiménez, a propósito del arte rupestre de nuestros indios, «el enigma de los círculos». Pictografías de círculos concéntricos, en expansión creciente. La mayor de ellas impresiona como un sistema planetario. Núñez, su descubridor, las llama imágenes del ciclo lunar: veintiocho círculos, alternativamente rojos y negros, dejan ver, en sus órbitas, esferas más pequeñas, a manera de planetoides que sugieren movimiento. Del centro hacia fuera; una flecha indica la salida del sol.

En otras, menos cercanas, aparecen pictografías semejantes más sencillas, pero siempre con los mismos enigmáticos círculos, aunque ya más pequeños. También, aislados, símbolos al parecer fluviales [roto], en que esta misma disposición paralela hace pensar en [roto] algún segmento cortado de la misma esfera mayor que reina en las galerías subterráneas.

La pictografía central, pieza mayor del arte rupestre de nuestros indios, sorprende por su belleza, pero mucho más por la correspondencia que guarda con aquella «ley de expansión análoga» tantas veces enunciada por Martí, u «orden de semejanza» entre todo lo creado. Aquellos primitivos indios nuestros no pintaron, como parecería más natural, una figura del contorno, como haría el prodigioso

* Este texto debió figurar como prólogo del trabajo que me publicó la revista *Casa de las Américas* [No. 200, julio-septiembre de 1995. *N. de la R.*] y que, por su extensión, decidí suprimir. La lluvia me mojó el original, y hay pedazos rotos que pongo entre corchetes.

pintor de las cuevas de Altamira con las astas lunadas del bisonte. Pintaron lo lejano, o más bien la correspondencia de los círculos mayores y los más pequeños, pintaron la analogía. ¿Y quién que se haya acercado a nuestro hombre mayor no recuerda que fue justamente «la ley de analogía» la primera enunciada por él, o sea, la correspondencia armónica entre los diversos órdenes de lo real?

Esta confianza en una correspondencia armónica entre ellas tuvo, como toda fe, grandes desfallecimientos.¹

Al mirar la pieza central de la gran pictografía de Punta del Este, comprobamos que nuestros indios vieron, como en el mito platónico, en las cavernas, las maternas grutas de las que salieron el Sol y la Luna, y así de nuevo tuvimos la impresión de estar ante la más remota configuración del «Vengo del sol, y al sol voy» de los *Versos sencillos*.

De una simple impresión personal hablo, que no me atrevería a entrar, con ojo inexperto, en los predios, para mí lejanos, de la arqueología, pero al tratar de dibujar la estructura formal de estos versos no pude menos que hallar un mapa bastante parecido. Pues nótese que el primero de estos poemas es excepcionalmente largo, al igual que el penúltimo, «Sueño con claustros de mármol», que calzan el libro, compuesto más bien de composiciones breves (lo que llamamos «serie biográfica»), mientras aquellos dos ofrecen una visión de conjunto:

1 Me refiero a su artículo sobre la nota aparecida en un periódico a propósito de las inundaciones del río Garona que arrasó sembrados y poblaciones enteras, y le arrancarían la duda acerca de si «la Madre Naturaleza» no sería madre, «sino madrastra del espíritu del hombre», aunque, con ese vuelco súbito a que nos tiene acostumbrados, al referirse a Burdeos, tierra de viñedos, y reconocer que el vino exaltaba el espíritu del hombre —«que no siempre de pan vive» solamente, como dijera Cristo— escribiera sin transición: *Nuevas analogías*.

*Todo es hermoso y constante,
Todo es música y razón...*

en que, aun aquellos que cuentan una experiencia personal, lo hacen en términos sintéticos:

*Rápida, como un reflejo,
Dos veces vi el alma, dos:—
Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós.*

En tanto que en la que llamo «serie biográfica» les dedica un poema entero a las dos ocasiones: «La niña de Guatemala» o «Cuando me vino al honor» de ser nombrado cónsul de la Argentina y Uruguay, en que solo pensó en su padre, «que está en la tumba, callado» («Pensé en mi padre, el soldado: / Pensé en mi padre, el obrero»): notemos que tampoco estos dos poemas, dedicados a «la Niña de Guatemala» o al padre, están titulados, sino numerados. Y número supone un orden mayor, del que se han desprendido, como sucede con la relación de la pictografía entre el mapa estelar y los planetoides aislados más pequeños, que solo giran en su órbita.²

Hay otra curiosa coincidencia, y es la aparición misteriosa de una cruz, que en la pictografía no parece tener relación con el mapa estelar y que aparece en los *Versos sencillos*. Recordemos:

2 Por eso el primer «ensayo» propiamente dicho que dediqué a Martí lo llamé «La idea de analogía en José Martí», remitiéndome siempre a sus *Versos sencillos*, en que poco a poco va reduciendo el símil («Mi verso es como un puñal / Que por el puño echa flor») que lo es entre dos cosas iguales, por la analogía, que es siempre entre dos cosas diferentes. No que A es igual a B, sino que A es a B, lo que C es a D, hasta volverse su procedimiento preferido, en que los dos primeros versos, relativos a una opción ética («Con los pobres de la tierra / Quiero yo mi

*Cuando al peso de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace y vuelve
Como de un baño de luz.*

Secreto de la superior luminosidad de este libro que envió a su madre diciéndole: «Es pequeño, es mi vida» si lo comparamos con sus angustiosos *Versos libres*, que nunca había querido publicar –a pesar de haber sido dicho, no sin razón, que en ellos estaba la modernidad de Martí–, ya que creyó que no había derecho a entristecer a nadie, o acobardar al hombre, restándole el valor que necesitaba su entrega al sacrificio redentor. Sin embargo, no podían menos que figurar en aquellos «versos hirsutos» algunas «islas» de «la belleza constante» que aparecen con «una tranquila claridad de boda», anticipo de su desembarco en un bote, con un puñado de patriotas, en que se sentirá por primera vez llegado «a la plenitud de su naturaleza» y escribirá en su *Diario de campaña*: «Salto. Dicha grande».

En cuanto al penúltimo poema, «Sueño con claustros de mármol», al que Ángel Rama se refiere como «el enigma de su mutación formal», al cambiar su frecuente isosilabismo vocálico, en que cada sílaba alcanza la misma dignidad que ha de tener cada parte en su conjunto por el uso inesperado de las consonantes, que Martí explica también en el prólogo, «cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultosa».

Algún anticipo de esto lo encontramos en el uso de la *n* de esta estrofa de los *Versos sencillos*:

suerte echar»), hallan un corte brusco, un punto y aparte, que no los «compara» ya, sino los «analoga» con los otros dos, tomados ahora de la naturaleza:

*El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.*

*Yo sé bien que cuando el mundo
Cede lívido al descanso:
Sobre el silencio profundo
Murmura el arroyo manso.*

La gran pictografía central que nos dejaron nuestros indios, antes de desaparecer del todo, recuerda lo que Martí nos dijo, en despedida, que quería dejar un padre a sus hijos «antes de morir». Visión planetaria de un universo a un tiempo independiente y relacionado en que los planetoides del «Yo soy» girasen en torno a la esfera mayor del «Todo es».

En el exigente reclamo del penúltimo de los poemas que envía a su madre diciéndole: «Es pequeño, es mi vida», «Sueño con claustros de mármol», evoca a los héroes que «de pie» reposan.

Relacionamos su pensamiento, por todo ello, con una nota de órgano –instrumento más que sonante, resonante³ donde el primer acorde queda oyéndose entre las variaciones del canto llano litúrgico, como un centro irradiador, como un espacio en medio de

³ Louis Massignon, en su libro *Ciencia de la compasión. Escritos sobre el islam, el lenguaje místico y la fe abrahámica*, explica muy bien cómo la lengua árabe «coagula y condensa, con un endurecimiento metálico, la idea que quiere expresar», y señalando siempre «el cuerpo de las consonantes, las únicas escritas en negro sobre las palabras», que representan el alma de ellas. «Elíptica y gnómica, discontinua y entrecortada, la idea brota de la ganga de la frase como la chispa del sílex». Mientras que en la cristiandad «las melodías han tendido a la voz plural a través de la polifonía y la armonía, la tradicional salmodia musulmana conserva el ritmo consonántico instantáneo, sonoro o sordo, sin duración de los instrumentos de percusión, apenas coloreado por vocalizaciones ultracondensadas, siempre monocordes». Relaciónese todo esto con la atracción que sintió y expresó Martí tantas veces por el mundo árabe, de origen semítico, por el común abuelo abrahámico, por lo que llamara a su hijo «Ismael», creador de un pueblo árabe en el desierto.

otras esferas que no se nombran («Callo, y entiendo») que va a ser su principal elemento relacionador. ¿Y no va a ser esto también lo que va a entregarnos este mapa estelar, que va más allá de las experiencias directas sentidas por los indios? ¿No va a ser el principio que aplicará a la política del Partido Revolucionario Cubano, que no exigirá la unidad de la ideología sino «los esfuerzos reunidos de los hombres de buena voluntad», algo tan sencillo que no puede enmascararse, ya que salta a primera vista?

Recordemos su crítica a «la identidad universal» de Schelling, donde sostenía que hay «armonía entre las verdades porque hay armonía entre las cosas», pero de ello no podía deducirse «que todas fueran una». Nótese su constante vigilancia del ojo fanático —que no admite diferencias—. Está en su crítica al darwinismo, al preferir, a la idea de derivación de unas especies en otras, la de «grados paralelos de desarrollo», que tanto nos acerca a las imágenes paralelas de los *Versos sencillos*.

La relación que vemos entre el mapa estelar que pintaron nuestros indios en Punta del Este, de colores delicados, en que el tiempo ha diluido sus probables colores fuertes (rojo y negro primarios), es la de una analogía entre los círculos mayores y los menores que giran en su órbita, el de un universo, uno y diverso a la vez —¿pues no dijo Martí que la única filosofía que podía interesarle es la basada en la etimología de la palabra universo?—. Es el *versus uni* martiano —que no hay unidad de la unidad sino solo puede haber unidad de lo diverso— que solo podemos relacionar con la definición de la Trinidad que se dio en aquel primer concilio (de Nicea) que se celebraría en los primeros siglos de la cristianidad: «Unidad en la esencia, propiedad en las personas, e igualdad en la majestad». Lo vamos a encontrar en toda la concepción martiana del hombre y de la historia americana: del hombre, uno en su

esencia, pero distinto en sus manifestaciones; de la América «una», pero en que cada país quería el gobierno de la casa suya, propia, con unidad solo de espíritu, subterránea, «como la plata en las raíces de los Andes».

En su concepción antropológica, prefiere, a la derivación de una especie en las otras, de nuevo la de «grados paralelos de desarrollo». En su explicación de la gesta de la independencia americana («Ni de Rousseau ni de Washington viene la América, sino de sí misma») lo vamos a ver desde sus primeros años de estudiante de Filosofía en España y su final separación del krausismo («Krause no es todo verdad») en que se opone a una única federación universal de naciones, por lo que ya, desde sus primeros folletos políticos, precisará: «el átomo libre dentro de la molécula libre».

Es por ello que Alfonso Reyes diría en «Martí y la nueva Física» que el universo martiano era un universo en expansión, creciente, «como el de las galaxias», lo que de nuevo nos acerca al mapa estelar de Punta del Este. De ahí ese tema constante del «crecer»:

*Mi verso crecerá: bajo la yerba
Yo también creceré...*

en que el frecuente isosilabismo vocálico de «Yo soy un hombre sincero / De donde crece la palma» va a dar al consonantado «Y crece *en* mi cuerpo el mundo». Pero el abismo que viera Heredia entre «las bellezas del físico mundo» y «los horrores del mundo moral», solo podía dar a la asunción voluntaria del sufrimiento y a su decisión de liberar «la gran pena del mundo», que, en el mundo sideral, iría a sugerirse cuando, misteriosamente, entre «el enigma de los círculos», y sin relación con el gran mapa, aparece una cruz. **C**

ALESSANDRA RICCIO

Ser hispanista en Nápoles*

Para Nara Araújo

Nuestra dinámica Luisa Campuzano, cada vez que se entera de mi paso por La Habana tiene la gentileza de invitarme a un encuentro en esta Casa, que yo también considero un poco como mi casa. Sospecho que lo hace también en recuerdo de aquellos años ya lejanos cuando empezamos, junto con la inolvidada Nara Araújo, a hablar de género, de literatura de las mujeres y de otras cosas que en aquel tiempo parecían, y eran, nuevas y originales. En esta ocasión me decidí a hablar de un tema muy mío, muy personal, superando la desfachatez de hablar de mí misma frente a un público de otro país y de otra historia. Me decidí porque considero que esta historia personal tiene que ver con las mujeres y sus luchas, con la América Latina, con Cuba y, sobre todo, con la bella lengua que ustedes usan y enriquecen.

¿Ser hispanista en Nápoles? ¿Qué es esto? ¿Cómo explicar un viaje largo, una vida, siempre acompañada por una lengua adquirida como por casualidad y que ha terminado por marcar cada etapa de la pequeña geografía de una mujer nacida –parece mentira– «en tiempos de la Colonia» y que se ha desarrollado a lo largo de aquel siglo xx –terrible e inolvidable– que ya para todos es «el siglo pasado»? Es lo que trataré de hacer aquí.

Mis primeros recuerdos son recuerdos de mar, el mar transparente del Egeo, donde he nacido, en la isla de Leros, que por aquel

* Texto leído en la Casa de las Américas el 5 de enero de este año.

entonces era una base de hidroaviones de las Fuerza Aérea Italiana. Allí vivíamos al haber sido mi padre un joven piloto, asignado a aquellas doce islas griegas, el «Dodecaneso», ocupadas por los italianos desde 1912, cuando las liberaron del dominio turco y se las quedaron para ellos. Este accidente biográfico sin importancia, para mí significó siempre un primer, inolvidable contacto con la belleza y con el mar, y una obstinada aversión hacia los colonialismos, pese al entusiasmo con que mi madre, admiradora de Mussolini, nos contaba la maravilla de aquella vida en colonia que para ella, profesora de letras, tenía además el añadido de evocar escenarios inolvidables de sus estudios clásicos. En tanto la Historia, con mayúscula, es tan imprevisible, como todos sabemos, después de Leros y Rodas, a mis padres les tocó mudarse para otro margen de nuestro miserable imperio, la península de Istria, siempre discutida entre Italia y la que otrora fue Yugoslavia. Allí perdimos casa y pertenencias bajo un bombardeo que, por suerte, se ensañó contra una casa vacía, ya que, entretanto, mi madre nos había llevado a Florencia, ciudad donde había hecho su carrera universitaria y a la que creía más segura. Allí mi padre, en la confusión que siguió al 8 de septiembre de 1944, día del armisticio, fue arrestado por los ingleses en tanto militar perteneciente a la fascista República de Saló; liberado a las pocas semanas, se convenció de que había que regresar cuanto antes al seguro refugio de su ciudad de donde ya la resistencia de los ciudadanos y la llegada de las tropas aliadas habían echado a las tropas nazis. Es por esto que mis primeros recuerdos coinciden con los de un viaje larguísimo en una caravana de la Cruz Roja que, en aquella Italia dividida en dos, tenía que devolvernos a Nápoles, la ciudad donde había nacido mi padre. El viaje había empezado en el monumental Palazzo Pitti, que yo recuerdo como un lóbrego y

gigantesco edificio en cuyos inmensos pasillos había que caminar en cuatro patas por el peligro que podían ocasionar los tiroteos entre partisanos y el ocupante ejército nazi. No podré olvidar jamás haber visto, como en una película de lo que inmediatamente después sería el neorrealismo italiano, un hombre que, debido a la distancia de los ventanales desde donde yo miraba, parecía ridículamente pequeño, caer herido de muerte mientras su oscuro sombrero rodaba por los antiguos cantos del empedrado... Y el viaje seguía entre bombardeos, en un tren con coches descubiertos que a menudo se veían obligados a parar en medio del campo durante días. Debe ser porque de aquel viaje guardo un recuerdo claro de miedos y sobresaltos, de frío y hambre, que llegar a Nápoles después de quince días fue como llegar al paraíso. Cuando un camión destartado nos dejó delante de un jardín florido donde nos esperaba un hermoso y sereno viejo vestido de blanco que comía higos, por más que aquel viejo, que resultó ser mi abuelo, y aquella ciudad eran para mí desconocidos, desde entonces es Nápoles mi casa, y a pesar de las muchas desilusiones, de las esperanzas frustradas, de lo que significa vivir allí, esa es mi ciudad.

Mi historia de hispanista (un término que en nuestras universidades indica una especialización en todo lo que atañe a la lengua española) empieza en Nápoles, en una de las escuelas secundarias tan grises y tan tristes de aquellos años de la posguerra, porque a mí me tocó una clase donde se estudiaba como lengua extranjera el español, que nadie quería estudiar porque en aquellos tiempos todo el mundo andaba enamorado de la recién descubierta cultura norteamericana (censurada bajo el fascismo) y de su lengua, seguida por el elegante francés, que todavía mantenía su prestigio, y en tercer lugar por el alemán, que por ser tan difícil se le consideraba muy formativo. En cambio, el español no tenía ningún *appeal*,

pues casi dos siglos de desprecio (empezando por aquella pregunta malintencionada de los ilustrados franceses (*Qué doit on à l'Espagne?*), reforzada por la autoridad de Benedetto Croce –hispanista máximo en mi ciudad y en mi país–, más los recuerdos desagradables del «contubernio» entre Mussolini y Franco, habían acabado con los recuerdos de la extraordinaria cultura española y de la grandeza de la lengua de Cervantes.

La suerte quiso que mi profesora de español lograra que aquella lengua maltratada llegara a ser la lengua que yo he amado por encima de todas. La profesora era soltera y catolicona –nos despedía siempre con estas palabras: «Nos vemos mañana, Dios mediante»– y nos hacía soñar con un país fuera del tiempo, lleno de damas y caballeros y de poemas sencillos y aptos para memorizar como aquel tan melancólico de Antonio Machado: «Una tarde parda y fría / de invierno. Los colegiales / estudian...», o la otra ingeniosa y divertida de Lope: «Un soneto me manda hacer Violante. / Catorce versos dicen que es soneto».

Estudiar la lengua española en aquellos años era en verdad algo extravagante e insólito. Muy difícilmente se oían resonar estos acentos en una ciudad que, olvidada por completo de su larga tradición hispánica, entretanto sufría una silenciosa ocupación de norteamericanos que se habían apoderado del puerto y tenían una base militar en el corazón mismo de la ciudad. Solo de vez en cuando mis compañeros y yo lográbamos intercambiar unas palabras inciertas con algún latinoamericano de visita en Pompeya o Capri y nos parecía maravilloso constatar que aquello que habíamos estudiado en los libros, existía en la realidad.

Mis estudios superiores fueron en el Liceo Clásico, cinco años de estudios de latín y de griego y nada de lenguas extranjeras. Fue por esto, para mantener

mi español, que matriculé en el viejo y polvoriento Instituto Santiago, hospedado en la antigua sede de los Nobles Caballeros de la Orden de Santiago, cuyos descendientes napolitanos habían puesto a disposición unos locales muy oscuros y más tristes y fríos que mi vieja escuela. Lo aclaro para que se den cuenta del amor que le tenía ya a esta lengua. Pero allí también tuve la suerte de encontrarme con un gran profesor, el filólogo Félix Fernández Murga, otro solterón, pero nada beato, que tuvo el atrevimiento –a medida que nuestros conocimientos de la literatura adelantaban– de hacernos conocer a la Generación del 27, a los nuevos y los novísimos poetas de un país que creíamos enmudecido y quienes, en cambio, seguían resistiendo y cantando en la España franquista –«Una, grande y libre»– como rezaba la consigna dictatorial.

Los intelectuales italianos más significativos, casi en su totalidad orientados a la izquierda, habían tomado la decisión, de cuya eficacia todavía dudo, de ignorar aquel país mientras Franco siguiera siendo el Caudillo. El resultado ha sido olvidar durante años y años a nuestra hermana del Mediterráneo, la fraternal España del sufrimiento y de la resistencia.

Para no extenderme mucho, terminado mi Liceo y mis estudios de griego y de latín, no sé siguiendo qué impulso decidí matricularme en una pequeña y prestigiosa universidad de mi ciudad, especializada en estudios lingüísticos y culturales de casi todos los idiomas del mundo, el Istituto Universitario Orientale. La cultura norteamericana predominaba con su modernidad y por las novedades que conllevaba; sin embargo, yo seguía sintiéndome atraída por cualquier resonancia del español, y entre los escritores amaba al Steinbeck de *Tortilla Flat*, al Hemingway de *Por quién doblan las campanas*, de *Muerte en la tarde*, de *Fiesta*, de *El viejo y el mar*, y del cine escogía *Le salaire de la peur*, con

Yves Montand, o *El tesoro de la Sierra Madre*, con Humphrey Bogart, porque me revelaban mundos llenos de pasión y de valor y contaban historias de desesperados y de idealistas, de explotados y de pequeños héroes desafortunados.

A estas alturas tengo que confesar que incluso la lectura de la América Latina que se podía sacar de los pinceles extraordinarios de los dibujantes de Walt Disney en *Saludos, amigos* o en *Los tres caballeros*, me encantaba. Hoy sigo mirando estos dibujos animados y si por una parte no puedo evitar admirarme por la astucia de su solapado discurso neocolonial, por otra me da rabia pensar en cómo una operación de este tipo ha contribuido a formar el estereotipo de un territorio folclórico de gente simpática pero incapaz y no confiable. Como se ve, aquellos primeros acercamientos míos fueron a una América Latina hablada por otros, que todavía no me hacía sentir su voz.

Debido al escaso encanto que aún tenía la lengua española, en mi curso éramos pocos y por ello muy bien atendidos, y entre filologías, historias y literaturas aparecía también una asignatura complementaria que se había llamado hasta hacía poco Literatura Argentina –creo que en homenaje a la admiración que Juan Domingo Perón había profesado a Mussolini y por el número de emigrantes nuestros en aquel país– y que ahora se titulaba Literatura Hispanoamericana. Pero el español de España era absolutamente prevaleciente en la enseñanza, y un emocionante primer viaje que pude hacer a la vecina península con los ahorros de un año de trabajo en un bufete de abogados como secretaria, ujier, oficinista y mensajera al mismo tiempo (en aquellas épocas ¿a qué mujer se le ocurría esgrimir derechos?), me reveló algo sorprendente: mi español, el aprendido en las aulas, por más correcto que fuera desde el punto de vista gramatical, exhibía un

léxico arcaico que provocaba una incontenible hilaridad entre los presentes. Yo hablaba un excelente español, ¡pero del siglo xvii! Como lo hizo Alessandro Manzoni en el Arno, y salvando las distancias, tuve que enjuagar mi lengua, años más tarde, en las castellanísimas aguas del Tormes, en la ciudad universitaria de Salamanca, que seguía tan franquista como siempre, mientras en Italia algo cambiaba, nuevos aires soplaban y hacía tiempo ya que sabíamos del asesinato de Federico García Lorca, de la persecución de Miguel Hernández, de los poetas e intelectuales exiliados. Un bellissimo *Cancionero de la Resistencia* daba cuenta de los sucesos de la España trágica, y Rossana Rossanda escribía su desolador *Un viaje inútil*, de regreso de un acercamiento clandestino a los movimientos antifranquistas. La voz potente de Pablo Neruda llevaba a una Italia obrera y combativa la solidaridad hacia España que compartía con Rafael Alberti, recién llegado a Roma de su largo exilio argentino: esto nos permitió descubrir acentos americanos hasta el momento desconocidos.

El mundo cambiaba, y mientras yo cursaba gramática de la lengua castellana en Salamanca, allende el Pirineo estallaba el Mayo francés y de Roma a México, y por dondequiera las imágenes de una revolución joven y bella presidía cortejos y manifestaciones.

Lo que luego se llamó el *boom* fue como una avalancha que nos arrastró hacia un entusiasmo inolvidable. En aquellos años sesenta, yo me dedicaba ya a la enseñanza en un Instituto lleno de estudiantes rebeldes, insumisos pero estimulantes y llenos de ganas de aprender y de enseñar sus deseos y aspiraciones. Poder leer en aquella excitación intelectual, social y política a los deslumbrantes Asturias, García Márquez, Carpentier, Vargas Llosa, Cortázar, Soriano, Scorza, Galeano, Benedetti,

y saber que los teníamos cerca, entre París y Barcelona, mayoritariamente, nos daba y me daba gran alegría, e incluso ya podíamos alcanzar a los más lejanos Juan Rulfo o José Lezama Lima, con quien incluso llegué a entrecruzar cartas.

Fueron años en que todo lo que venía de la América Latina se traducía –a mí me tocaron *El arpa y la sombra*, *Concierto barroco* y *La consagración de la primavera*–; años de convivencia entre Europa y América, cuando en las editoriales no pasaba desapercibido el más reciente libro de estos grandes autores; fueron años que abrieron grandes espacios a los hispanistas, cuyos estudios hasta el momento habían quedado restringidos a la madre patria, a una España que fue, ciegos como habíamos estado ante la inmensidad americana, por la torpeza académica que suele moverse con exasperante lentitud frente a las novedades.

La inteligencia clásica y controlada de Borges, la desbordante imaginación de García Márquez, el mito moderno en la narrativa del *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, los brillantes ensayos del poeta Octavio Paz, la monumental novela de Lezama Lima encontraban en la lengua española el instrumento dúctil e insustituible para reproducir una realidad en devenir de mundos que pedían y que tomaban la palabra en una sociedad eurocéntrica. La visión del mundo a partir de mi cultura y de la realidad desde nuestro exclusivo punto de vista, empezó a parecerme en absoluta contradicción con la universalidad de la cultura, la vi enemiga del principio de inclusión que tendría que exigir el esfuerzo de lo múltiple y no la cómoda reducción a lo conocido.

En este mundo –para mí siempre nuevo– me he zambullido en alma y cuerpo, convencida, como lo sigo estando, de haber recibido muchas, fundamentales enseñanzas del conocimiento de una humani-

dad occidental por lengua y costumbres que –contrariamente al lugar del cual procedo yo, mi Occidente europeo– ha hecho experiencia de dos dramáticos y decisivos fenómenos: la colonización y la repoblación a través de la trata de esclavos africanos. Dos fenómenos que me han obligado a repensar la cultura de la cual procedo, a tomar nota de su tendencia a la exclusión, a la homologación, a reducirlo todo al denominador común blanco, cristiano y macho, a proponerme volver a leer mi historia y la de la América Latina dejando que me atraviesen la ética de la duda y de la sospecha.

Todo esto me fue posible gracias a la lengua. El buen viejo castellano del *Cantar del mío Cid*, del cándido monje Gonzalo de Berceo, del astuto e inimitable Arcipreste de Hita, del digno Jorge Manrique, del exuberante Lope, de los enemistados Quevedo y Góngora con su barroco extremo, del inigualable Miguel de Cervantes, del espíritu laico de Galdós, y otros, ha cruzado océanos, ríos inmensos y tumultuosos, cordilleras y sierras, ha librado batallas impares para darle vida a utópicas repúblicas, ha padecido las crueldades de la historia, las masacres, las desapariciones, la explotación, y agrade ahora la lengua del imperio, el dominador inglés de los Estados Unidos, contra el cual resiste y ataca en los acentos híbridos de los chicanos, en la obstinada resistencia lingüística de los puertorriqueños, e incluso en la arrogante presencia de los narcos y contras latinos que pueblan desde la Florida hasta California un territorio que había hablado español en tiempos de la Conquista.

Con razón Juan Rulfo, a quien le comentaba que una ola ininterrumpida de latinoamericanos migraba hacia los Estados Unidos, observaba: «Muy bien; están reconquistando lo que nos fue arrancado!».

Cuando en 1977 viajé por primera vez a las Américas, una escala en las Azores me había hecho

sentir el sabor aventurero de la travesía de aquel Océano que mis amigos del Cono Sur llamaban «charco» para exorcizar su inmensidad. Aquel vuelo me conducía a Cuba, la isla mítica de la gran aventura revolucionaria, en aquel tiempo distanciada ya de la *intelligentsia* europea por su vecindad a la Unión Soviética. Los nueve meses que viví en la Isla gracias a una beca intergubernamental han constituido para mí una gran escuela. Me traía a Cuba no tanto la pasión hacia la Revolución o a las figuras legendarias del Che y de Fidel, cuanto el enamoramiento por el escritor José Lezama Lima, poeta, ensayista y autor de una de esas novelas que te cambian la vida: su compleja y oscura *Paradiso*. Pronto me vi adoptada por una comunidad de escritores y artistas que en aquel entonces vivían muy alejados de la vida pública. Las vicisitudes de aquel tiempo, en años recientes, han sido objeto de discusiones, testimonios y revisiones que han llevado al reconocimiento de los méritos y de la ética de tantos artistas e intelectuales patriotas y revolucionarios. He visto a otros ceder a las lisonjas del ancho mundo fuera de la Isla, la mayoría perderse en el anonimato, presas de una nostalgia incurable.

Aquellos meses pasados en Cuba investigando sobre la novela de la Revolución me han dado un conocimiento directo de lo que aquí sucedía; sin embargo, en la prensa y en los comentarios europeos los acontecimientos eran –por lo general– tergiversados, lo cual desentonaba con la imparcialidad de juicio de una prensa que se decía libre y que se ensañaba contra una experiencia política ciertamente imperfecta pero muy generosa y radical.

Ha madurado entonces mi deseo de aportar a la información –tanto de los *media* como de la universidad– la larga historia de la América Latina, su tragedia de espacio violentado y colonizado, la resistencia indígena, la esclavitud, el mestizaje y sus

consecuencias, la prepotencia blanca que sigue existiendo. El año en que se conmemoraba el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, esta forma de sentir mía que se refería al mismo tiempo al discurso cultural y al discurso político, se hacía sentido común no solo en un país descolonizado, como lo era Cuba que ya en los primeros años setenta, con *Caliban* de Retamar había sacudido el canon tradicional, sino en las lecturas de Todorov y de tantos otros, en la multiplicación de estudios que leían aquella historia de una forma diferente a la acostumbrada, unilateral lectura heroica de una Europa portadora de civilización y de progreso en el mundo.

Era exactamente lo que, desde hacía años, tratábamos de hacer, a través de la revista *Latinoamerica*, un grupito de estudiosos, periodistas, universitarios reunidos por el entusiasmo del historiador Enzo Santarelli y de su compañera Bruna Gobbi. Era el año 1979 cuando la fundamos y hasta ahora siguen saliendo sus entregas trimestrales. Desde hace diez años, el editor y director de la revista es el periodista Gianni Minà mientras yo –que la he dirigido durante años– ahora soy la codirectora y represento la memoria histórica del grupo de los fundadores, y de la vida difícil de esta criatura que acaba de cumplir treinta años y todavía resiste. Una vida difícil y a contracorriente, la de mi revista, y sin embargo valió y vale la pena seguir trabajando en ella. Al fundarla decidimos darle el nombre de *Cubana*, convencidos como estábamos de que era desde la Isla que se irradiaban vientos de rebeldía –y allí estaba Nicaragua para demostrarlo–. Al cabo de unos años cambiamos el nombre por *Latinoamerica*, pues vislumbramos horizontes más anchos conquistados por la comunidad de sentimiento y de razones que unen a los pueblos del Continente. Minà quiso

